

focando sus derechos; ha triunfado al fin la libertad, y Napoleon, nuestro augusto Emperador, va á afirmarla para siempre. Sea en adelante esta causa tan hermosa la nuestra y la de todos los franceses; que todos los valientes á quienes tengo el honor de mandar se penetren de esta gran verdad.

«¡Soldados! Os he llevado con frecuencia á la victoria; ahora voy á conducirlos á esta falange inmortal que el emperador Napoleón conduce á París, y que dentro de pocos dias estará allí, donde se realizarán para siempre nuestra esperanza y nuestra dicha. ¡VIVA EL EMPERADOR!

»Lons-le-Saulnier, 13 de marzo de 1815.

»El general del Imperio,

«PRÍNCIPE DE LA MOSKOWA.»

«Yo no puedo parar el mar con la mano,» habia dicho el general, lanzándose á ojos cerrados en la corriente. Desde aquel momento, siguió adelante, con la energía que desplegaba en todas las situaciones bien comprendidas. Mandó que el 14 por la mañana se reunieran las tropas en las plazas principales de Lons. Allí, en medio de uno de esos silencios que preceden á las revoluciones graves, sacó su espada y leyó la proclama que se acaba de ver.

Desde las primeras palabras, ejército y pueblo estallaron en aclamaciones de alegría y en gritos entusiastas de ¡Viva el Emperador! ¡Viva el general Ney!

M. Thiers, refiere y analiza esta escena con una precision de pormenores, que hace tocar con el dedo los diversos sentimientos suscitados alrededor de Ney y en el alma de Ney mismo. Creemos deber citar este relato de un acto que tan tristemente influyó en el destino del general.

«Una loca alegría, dice el ilustre historiador, estalló como un trueno en las filas de los soldados. Poniendo sus shakos en el extremo de sus fusiles, lanzaron los gritos de ¡Viva el Emperador! ¡Viva el general Ney! con una violencia inaudita; despues rompieron filas, se precipitaron sobre el general, y besando, los unos sus manos, y los otros los faldones de su casaca, le dieron gracias, á su manera, por haber cedido al voto de su corazon. Los que no podian acercarse á él, rodeaban á sus ayudantes algun tanto embarazados con homenajes que no merecian, porque estaban agenos de la brusca mudanza que acababa de hacerse, y estrechándoles las manos: «Sois unos valientes, les decian, contábamos con vosotros y con el general, y estábamos bien seguros de que no permaneceríais largo tiempo con los emigrados.» Los habitantes, no menos espresivos en sus testimonios, se habian unido á los soldados, y Ney entró en su casa escoltado por una muchedumbre que demostraba su alegría á voces.

«Sin embargo, al volver á su residencia advirtió en el semblante de sus ayudantes desaprobacion y disgusto por el paso que habia dado. Uno de ellos, antiguo emigrado, rompió su espada, diciéndole: «Señor general, debísteis habernos avisado, y no habernos testigos de semejante espectáculo.—¿Y qué

queríais que hiciese? le contestó el general. ¿Puedo yo parar el mar con mi mano?»

«Otros, conviniendo en que era imposible hacer que los soldados se batieran contra Napoleon, le espresaron el pesar de que representara, con tan poco intervalo de tiempo, dos papeles tan contrarios.—«Sois unos niños, replicó el general; es preciso querer una cosa ú otra. ¿Puedo yo ocultarme como un haragan, huyendo la responsabilidad de los sucesos? El general Ney no puede refugiarse en la sombra. Por otra parte, no hay mas que un medio de disminuir el mal, y es pronunciarse en seguida para evitar la guerra civil, para apoderarnos del hombre que viene á suscitarla é impedirle que haga locuras; porque, añadia, yo no creo que me entrego á un hombre, sino á la Francia; y si este hombre quisiera volver á llevarnos al Vistula, yo no le seguiria.»

»Despues de haber replicado así á sus censores, Ney recibió á su mesa á todos los jefes de los regimientos, escepto uno que se negó á acudir. A vueltas de cierto desabrimiento, proveniente de la violacion del deber militar de que se acusaban interiormente, la conversacion no fue mas que una larga recapitulacion de las faltas de los Borbones, que, sin quererlo ó queriéndolo (cada uno juzgaba á su manera), se habian entregado, en la emigracion al extranjero, afectando sentimientos que no eran los de la Francia. Hizose tambien una protesta unánime contra las antiguas faltas del Emperador, contra su locura belicosa, contra su despotismo, contra su negativa á escuchar las representaciones de sus generales en 1812 y 1813; y formaron la enérgica resolucion de decirle la verdad y de exigir de su parte garantías de libertad y de buena política.—«Yo iré á verle, decia Ney, voy á hablarle, y le declararé que nosotros no nos dejamos llevar á Moscou. Yo no me entrego á él, sino á la Francia, y si nos unimos á él como al representante de nuestra gloria, no es porque tratemos de prestarnos á una restauracion del poder imperial.» Los generales Lacourbe y Bourmont asistieron á esta comida, tomando poca parte en lo que se decia, pero admitiendo como inevitable, y como muy motivada por las faltas de los Borbones, la revolucion que acababa de verificarse.

»El general dejó á sus convidados. Dirigió á su mujer una carta, en la que referia lo que habia hecho y la cual terminaba con estas palabras características:—«Ya no llorarás mas al salir de las Tullerías.»

«Hé aquí la falta cometida. Por lo espuesto habrá podido comprenderse si Ney se lanzó de buena gana en esta fatal aventura de los Cien Dias. Esperimentaba hácia Napoleon una repugnancia tan viva, como la que le inspiraban los mismos Borbones. Sorprendido el 6 de marzo por la noticia de la invasion, indignado con ella sinceramente, y decidido á servir con lealtad al rey, se habia visto paralizado siete dias antes por un movimiento de opinion inesperado. ¿Qué hubiera podido hacer él solo contra todos, sobre todo cuando los mismos á quienes trataba de salvar se abandonaban, y reconocian su propia impotencia?

«La gran desgracia de Ney fue el haber dado jac-